

JOSÉ GAOS EN MÉXICO:
UNA BIOGRAFÍA INTELECTUAL,
1938-1969

Aurelia Valero Pie



EL COLEGIO DE MÉXICO

ÍNDICE

Agradecimientos	9
Introducción. De la biografía a la historia intelectual	11

PRIMERA PARTE JOSÉ GAOS EN EL EXILIO

1. José y sus hermanos	25
2. De Robinson a Odiseo	51
3. El hijo de Saturno	77
4. Simpatías y diferencias	103

SEGUNDA PARTE JOSÉ GAOS, TRANSTERRADO

5. El libro de las ilusiones	127
6. A través del espejo	151
7. Las afinidades electivas	179

TERCERA PARTE JOSÉ GAOS, FILÓSOFO Y TRADUCTOR

8. Diagnóstico de nuestro tiempo	211
9. El árbol de la ciencia	245
10. El silencio de los libros	275
11. La lengua absuelta	307

CUARTA PARTE
JOSÉ GAOS, MAESTRO DE MAESTROS

12. La balsa de piedra	343
13. La lección del maestro	369
14. La educación sentimental	391
15. El umbral del sueño	415
Epílogo. José Gaos o la honradez intelectual	447
Siglas y referencias	463
Bibliografía	467

INTRODUCCIÓN DE LA BIOGRAFÍA A LA HISTORIA INTELECTUAL

La vida es el conjunto de sus posibilidades.

JOSÉ GAOS

Literatura e historia con frecuencia se entrecruzan, dibujando constelaciones asombrosas. Así también la biografía de J.M. Coetzee ofrece valiosas lecciones a quien decida incursionar en este género. Novelas, ensayos, cuadernos de apuntes y entrevistas sostenidas con personas allegadas constituyeron las fuentes con que el autor, un estudioso inglés, reconstruyó la vida de quien recibiera el Premio Nobel de las Letras hace más de una década. En tanto etapa de gestación y crisol de su trayectoria posterior, un momento en particular —aquel que dividió juventud y edad madura— fue el periodo elegido como objeto de estudio. Las dudas, sin embargo, surgen línea a línea: ¿cuáles son los límites entre realidad e imaginación? ¿Por qué prohibir los inventos o la memoria estilizada en relación con quien hizo de esos artificios una forma de existencia? ¿Cómo evaluar los testimonios vertidos en nombre propio o ajeno? ¿Resulta lícito indagar en la esfera privada de una figura reconocida por sus méritos en la arena pública? ¿Qué aportan aquellos episodios, hasta cierto punto anecdóticos, a la comprensión de unos escritos de valor universal? ¿Cómo evitar la tergiversación inherente al proceso narrativo? ¿Cuándo se convierte el relato en una nueva forma de ficción? Por encima de esas interrogantes se impone aquella otra que ninguna biografía intelectual puede dejar de responder o cuanto menos de plantear, a saber, ¿cuál es el vínculo entre la vida y la obra?

Quienes se hayan sumergido entre las cubiertas de *Verano*, libro al que se hace referencia, saben que los acertijos no terminan con esas múltiples preguntas. Los enigmas se acentúan al advertir que se trata de una novela de autoficción que Coetzee mismo ideó, en una irónica fabricación de su propio viaje existencial entre los mundos de la prosa.¹ Pero lejos de invalidar la

¹ COETZEE, *Verano*. Esta autobiografía novelada se completa con otros dos títulos del mismo autor: *Infancia y Juventud*, y fueron en su conjunto publicados en *Escenas de una vida de provincias*.

reflexión, ese experimento literario pone en guardia contra las trampas que acechan al género biográfico, que en el fondo no es sino un intento por entender y enmarcar los orígenes y el desarrollo de una identidad. En virtud de tan familiar como misterioso objeto, apenas sorprende la fascinación que este tipo de empresas sigue ejerciendo en el lector contemporáneo, sobre todo entre quienes buscan un reflejo de sí mismos en el espejo del otro. Y viceversa. Sin embargo, si algo enseña la composición de una obra de esta naturaleza es que los resortes y entresijos de la personalidad siempre permanecerán hasta cierto punto ocultos, evasivos ante la mirada y refractarios ante cualquier esfuerzo de cabal intelección. Lo que aquí se ofrece, por ende, no es la vida de José Gaos, en su pureza temporal, sino tan sólo el resultado de un doble proceso de reconstrucción.

El primero corresponde a las imágenes que él mismo fue fraguando en el transcurso de sus días y cuyos resultados sucesivos anotó diligente en borradores, diarios, apuntes, correspondencia y diversos pasajes dispersos en su obra. La constancia con que se entregó a esos ejercicios rememorativos y de introspección respondía a la centralidad del sujeto en su proyecto filosófico. Éste consistía, en uno de sus ejes principales, en demostrar el carácter histórico de nuestra especie y, más en particular, el sustrato autobiográfico que subyace en todo producto de la cultura. Pese a su apariencia abstracta y ambiciones de absoluto, la filosofía no era la excepción, sino que se enraizaba en la experiencia individual y colectiva de sus cultivadores. De ahí que aportar pruebas relativas al origen personal de las ideas fuera el cometido que con mayor ahínco persiguió y que también explica la infatigable reflexión que consagró, sin prisa y sin pausa, a su propia actividad intelectual. Así se entiende, igualmente, que entre sus abundantes “confesiones”, tanto publicadas como inéditas, figuren profusos pormenores relativos a sus vivencias, lecturas y recuerdos, registrados con tanta minuciosidad que con frecuencia aparecen con la fecha inscrita al margen. La articulación entre el yo y sus circunstancias, elementos centrales en el pensamiento de José Ortega y Gasset, se convirtió en un instrumento heurístico y en un método de investigación susceptible de fundir aquellos legendarios polos: lo singular y lo universal.

Que esas informaciones representen una fuente de inestimable valor para los propósitos de una biografía resulta evidente. Esa suma habilita, no sólo para establecer una ceñida cronología, junto con los pormenores, juicios y reacciones que acompañaron ciertos episodios, sino para identificar los centros de confluencia que se extendían, según el biografiado, entre su

vida y su obra. Seguir los puntos que llevaban de una cadena de incidentes —algunos en apariencia nimios y otros vestidos de mayor envergadura— hasta cierta concepción del mundo formaba parte de los objetivos que se impuso en el esfuerzo por vincular experiencia cotidiana y configuración de un pensamiento. Sería un desacierto, no obstante, pretender que esas piezas bastan para armar un completo rompecabezas biográfico, como también lo es suponer que este último, ensamblado con el cuidado y detalle adecuados, sería suficiente para comprobar o invalidar la tesis de la filosofía como confesión personal. El problema de tal operación no reside tanto en la imposibilidad de encontrar un correlato existencial por toda premisa, concepto e idea por él postulados, cuanto en el error de imaginar que ambos géneros se corresponden sin residuos o que convergen en cada una de sus partes.

Que la univocidad y la transparencia no reinan entre biografía y autobiografía aparece con mayor evidencia, al considerar las ambigüedades que rigen la experiencia y su resignificación al transformarse en escritura. “Las historias son contadas y no vividas; la vida es vivida y no contada”, recuerda Paul Ricoeur, citando a un comentarista. Sin embargo, agrega a continuación, “una vida no *examinada* no es digna de ser vivida” y toda vida examinada es, por definición, una vida interpretada y narrada.² Vida y narración van, por lo tanto, de la mano, lo cual no equivale a afirmar que el paso de una secuencia de sucesos a un relato ordenado se encuentre libre de intermediarios. Entre el acontecer y la experiencia consciente, así como entre la vivencia y la prosa, se inserta un conjunto de mediaciones, como lo son la puesta en intriga o configuración de un relato, los modelos narrativos que ofrece la tradición y cierto simbolismo, compuesto de signos, reglas y normas que prestan inteligibilidad a la acción. De ahí que quien busque conocer a un autor a partir de sus escritos autobiográficos deba tomar en cuenta esa suma de elementos, en la inteligencia de que sus esfuerzos únicamente lo conducirán al proceso expresivo de una identidad narrativa.

Habría que añadir, por lo demás, que si las notas autorreferenciales constituyen una vía privilegiada para trazar un retrato ajustado que sortee, al mismo tiempo, los riesgos del psicologismo, también sobre ellas rigen las leyes de la observación. Éstas nos enseñan que los instrumentos empleados para conocer un objeto inciden sobre aquello mismo que se quiere observar.³

² RICOEUR, “La vida: un relato en busca de narrador”, p. 193. Cursivas en el original.

³ Véase WATZLAWICK y KRIEG (comps.), *El ojo del observador*.